



ASCENSO AL MONTE TRIGLAV

(2864 M)

MONTAÑA EMBLEMÁTICA Y MÁXIMA ALTURA DE ESLOVENIA

■ Dra. Constanza Ceruti UCASAL / CONICET

El monte Triglav, en los Alpes Julianos, constituye la máxima altura de Eslovenia y es una montaña muy emblemática para los habitantes de esta nación eslava (Figura 1). El nombre y la imagen del macizo aparecen aludidos en infinidad de carteles, negocios y hasta en los grafitis y el arte urbano. El presente artículo se basa en una ascensión a la cima del Triglav, practicada por la pared norte, en condiciones de mal tiempo. La escalada permitió visitar el refugio de montaña Kredarica y la capilla más alta de Eslovenia.



INTRODUCCION

A fines del siglo XIX, un sacerdote de la aldea alpina de Moestrana se convirtió en un fuerte impulsor del montañismo en Eslovenia. Se dice que, movido por sus sentimientos nacionalistas, no dudó en “comprar” la cumbre del Triglav para evitar que los austríacos se adueñaran de ella. Llevó hasta allí una curiosa torreta de metal, que aún señala la cima y que funciona como minúsculo mirador y refugio contra el viento. En Moestrana se ha erigido una imponente estatua, levantada a un lado de la carretera, en la

que el legendario sacerdote aparece señalando al Triglav (Figura 2).

Son frecuentes en el discurso de los jóvenes eslovenos las frases que imponen la escalada del Triglav como una condición de identidad nacional. Los visitantes suelen escuchar que **“no se ha visitado Eslovenia si no se ha escalado el Triglav”**; en tanto que a los nacidos en el país les cabe la admonición de que **“no se puede ser un verdadero esloveno si no se ha escalado el Triglav”**.



Figura 1 **Figura 2**



Figura 3

Figura 1. En las alturas del monte Triglav o Tricorno

Figura 2. Estatua en Moestrana

Figura 3. Refugio para escaladores en Brata



ASCENSO A LA CIMA DEL TRIGLAV POR SU PARED NORTE

Tras haber prolongado una visita a Eslovenia por varios días, a la espera de alguna mejora climática, decidí encarar el ascenso a la cima del Triglav por una vía de mediana dificultad, que hace posible coronar la cumbre desde la base en una sola jornada, si la habilidad, la resistencia física y la climatología lo permiten. La ruta, sin embargo, puede resultar peligrosa en condiciones de mal tiempo.

Llegué desde el poblado de Moestrana a la cabaña de montaña situada en el corazón del valle de Brata, cerca de la base de la pared norte del Triglav (**Figura 3**). Gestionaban el refugio dos señoras mayores, que intentaron darme información y admoniciones acerca de las dificultades del ascenso por esta vertiente. Al preguntarles acerca de aspectos específicos de la escalada, advertí que sus respuestas se volvían más inciertas, hasta que finalmente una de ellas confesó que en realidad nunca habían subido por esta ladera de la montaña. Pese a la barrera

idiomática, comprendí que mi mejor chance era seguir la llamada "vía Prag". Debía forzosamente evitar otras rutas que presentasen tramos aún más complicados de escalada, ya que no portaba arnés de seguridad ni casco. Desafortunadamente, tampoco podría alquilarlos en el refugio, como yo había previsto.

Conversé con un escalador americano que había descendido aquella tarde para reencontrarse con su esposa, que lo había esperado en la cabaña por tres días y dos noches. El hombre había subido tras una intensa nevada, durante una breve ventana de buen tiempo que duró apenas una jornada. Me dijo que había gozado de cielos despejados y ausencia de viento, aunque encontrando bastante nieve y hielo en varios tramos. Al escucharlo decidí llevar los crampones, por si acaso, lamentando eventualmente el peso extra que me aportarían, en una mochila que ya superaba ampliamente los doce kilos.

Daba la impresión que el escalador americano había encontrado a la ruta Prag bastante difícil, pese a que él si había portado consigo todo el

equipamiento de seguridad para *vías ferratas*. Comentó que había logrado coronar la cumbre gracias a la incidental compañía de un escalador checo, a quien había conocido en el refugio Kredarica, debajo de la cima. El resto de los alpinistas de su grupo habían optado por quedarse en el refugio de altura, agotados por las dificultades del ascenso. Eventualmente, con el recrudecimiento del temporal, todos los demás abandonaron la escalada a la cima y destinaron la jornada siguiente a descender con menos peligro. Cuando él finalmente bajó de la cumbre, volvió a pernoctar en el refugio de altura, para encarar el descenso recién al tercer día. Ciertos pasos, bastante verticales, le habían provocado preocupación y nerviosismo. En términos generales, el descenso le había resultado “significativamente más difícil que la subida.” Aún en condiciones de buen tiempo, la escalada del Triglav parecía una empresa difícil de llevar adelante en una sola jornada.

El aguacero torrencial que venía siguiéndome desde Moestrana continuó cayendo durante toda la noche. Al amanecer de un nublado día 15 de Septiembre inicié la marcha de acercamiento siguiendo el curso del río hasta la base de la pared norte. Jamás llegué a ver la montaña, que se encontraba íntegramente cubierta de espesas neblinas y nubes. Iba a ser uno de esos raros casos en los que inicié la subida sin haber visto nunca al objetivo de la ascensión.

La soledad de la marcha se vio providencialmente interrumpida por tres jóvenes montañistas checos que pasaron raudamente, caminando a paso vivo. Decidí apurarme para mantenerme cerca de ellos, ya que era evidente que seríamos los únicos que intentaríamos ascender aquel día poco propicio. Con dificultad,

ya que ninguno hablaba inglés, logré comprender los nombres y oficios de los inesperados compañeros, que trabajaban como carpinteros y herreros, destinando su tiempo libre a las montañas. Habían llegado aquella madrugada, tras una larga noche manejando desde Praga y pensaban acampar en un camping cercano a Moestrana por la noche. Nunca antes habían escalado el Triglav. El tercer integrante era un muchacho muy amable y más corpulento, que pasó a cerrar la marcha, porque tenía un paso menos veloz.

Ante los primeros tramos de ascenso por las faldas bajas de la montaña, se hizo necesario superar secciones equipadas con clavijas de hierro. Los escaladores checos -que hasta ese momento se habían mostrado totalmente escépticos ante mis posibilidades de seguirlos- comenzaron a “codearse” con evidente sorpresa, la cual se acentuó cuando, durante una brevísima parada para beber agua, uno de ellos descubrió el peso real de mi mochila. “**Tough woman**” dijo, y los otros dos asintieron con la cabeza. La frase se repitió como una especie de mantra, cada vez que yo lograba superar algún tramo de escalada equipado con clavijas, de las cuales tenía alguna experiencia previa por ascensos realizados en el monte Perdido, en los Pirineos de Ordesa (Ceruti 2018a).

En algún momento nos tocó enfrentar un tramo de vía ferrata totalmente vertical, para el cual los checos se colocaron cascos y arneses (**Figura 4**). Las neblinas habían dado lugar a otro aguacero, que caía inmisericorde sobre mi campera, mis pantalones y mis guantes, totalmente empapados. Cargando así el peso extra de la ropa mojada, más el de la pesada mochila y crampones, sin arnés ni casco ni cuerda, escalé el tramo con

Figura 4



Figura 5



la rapidez que solo el miedo puede infundirnos.

Continuamos en ascenso por un sendero con precipicios verticales a un lado y nuevos tramos de escalada sobre clavijas (*Figura 5*). Sin detenernos ni un solo instante para comer o hidratarnos, el tercer integrante del equipo checo comenzó a quedarse atrás. Cargada también con mis años, yo rogaba interiormente para que parásemos un momento a esperarlo. Fue todo en vano; tras un intercambio de palabras indescifrables gritadas hacia el vacío lleno de nubes debajo nuestro, entendí que el muchacho corpulento había decidido regresar, llevándose consigo todas las cuerdas y el equipo técnico (que podrían habernos sacado de un apuro en la verticalidad de esta pared). Puse mi mente en "automático" para no pensar en las dificultades que nos presentaría el descenso por esta ruta.

Tras unas tres horas de un rauda escalada emergimos de la pared y comenzamos a atravesar una extensión menos empinada, pero dotada de bloques rocosos inestables, separados por peligrosas grietas cubiertas de nieve. Se requería bastante atención en el avance, para evitar caer y sufrir la posible fractura de una pierna. En aproximadamente una hora más alcanzamos el refugio de montaña de Kredarica (2515 m).

Dado el mal tiempo imperante, el refugio estaba prácticamente deshabitado, a excepción de la familia encargada de su cuidado, que había ascendido a comienzos del verano por la vertiente que mira al lago de Bohinj. Esta es la ruta elegida por la mayoría de los montañistas eslovenos, que no tienen inconveniente en demorar dos o tres días en llegar a la cima; en tanto que los escaladores avezados suelen preferir la pared norte, que en condiciones óptimas puede

permitir una subida más expeditiva.

El refugiero nos decía, en rústico inglés, que era totalmente desaconsejable continuar en las condiciones de mal tiempo imperantes. Pese al cansancio y la adversa climatología, los checos deseaban seguir para intentar la cumbre y no quería abandonar la ascensión en este punto. Pregunté a una de las hijas del refugiero si podía prestarme unos guantes, ya que los míos se habían empapado y estaba sintiendo principios de congelamiento en las manos. Ella me pasó un par de guantes que algún montañista había olvidado sobre la estufa de cerámica del refugio. Pero antes de prestármelos, trató por todos los medios de disuadirme de continuar, advirtiéndome que estaba arriesgando la vida en el empeño. "You are risking your life, you know"; me dijo con visible preocupación. Pero yo no podía concebir que lo que nos esperaba pudiese ser más difícil que lo que ya habíamos enfrentado sin equipo de protección, en una pared casi vertical, totalmente bañada por aguanieve. En pocos minutos, los checos y yo estábamos de vuelta escalando hacia la cima (*Figura 6*).

La temperatura era de unos cinco grados bajo cero, aunque la sensación térmica era mucho más baja, por el viento que soplaba cada vez más fuerte. El frío calaba los huesos de las manos ateridas, mientras avanzábamos casi colgados de tramos cada vez más empinados, asiéndonos fuertemente de unos cables de metal e intentando que las botas adhiriesen en algún punto sobre las rocas absolutamente empapadas.

En condiciones climáticas óptimas, contando con equipo de seguridad, subir a la cima del Triglav debe ser una experiencia vertiginosa pero gozosa, coronada también por vistas increíbles



Figura 6

Figura 4.

Escalando en la pared norte del Triglav

Figura 5.

Ascendiendo por la Vía Prag

Figura 6.

Clavijas en la ruta a la cumbre.



Figura 7

de los Alpes Julianos. Así encaran la aventura la mayoría de los eslovenos y visitantes internacionales, quienes incluyen en sus ascensiones los servicios de un guía alpino, además de pernoctar en el refugio para recuperar fuerzas antes del temible tramo final. A nosotros, ya exhaustos tras el veloz ascenso de la pared norte, nos quedaba seguir subiendo como autómatas, azotados por el temporal y con las manos demasiado ateridas para poder agarrarnos firmemente de los cables, única forma de sujeción que nos mantenía conectados individualmente con la pared de la montaña y también con la vida (*Figura 7*). Cada tanto, debajo de un pequeño alero de piedra, asomaba una placa de metal en la que se recordaba la memoria de algún escalador fallecido en este sector de la montaña. La visión de las sucesivas placas mortuorias no nos dejaba indiferentes.

Cuando ya parecía que se acercaba el ansiado momento de la cumbre, el Triglav perpetuamente envuelto en nubes, nos jugó una mala pasada. Mis ojos ya buscaban, expectantes, la torreta de metal con forma de cohete que señala la



Figura 8

cima, entre las espesas nieblas que se negaban a revelar sus formas. Por un instante, el viento barrió las nubes para exponernos a una realidad bastante frustrante: nos hallábamos tan solo en la cima de uno de los cuernos menores, por los que esta montaña recibe el nombre italiano de Tricorno. Para llegar a la cima principal, debíamos atravesar todavía una cresta aérea azotada por fortísimos vientos, con precipicios insondables cayendo hacia ambos lados. Los cables que la equipan estaban íntegramente cubiertos de hielo y nuestras manos estaban cada vez más heladas.

Tras otro tramo de ascenso de gran verticalidad, llegamos finalmente a la cima del Triglav (2864 m) apenas pasado el mediodía, tras un ascenso veloz y arriesgado, que no podría recomendar a nadie en las condiciones que nos tocó afrontar (*Figura 8*). En menos de cinco horas cubrimos en pleno temporal una ruta bastante difícil, que demanda habitualmente siete u ocho horas, y que sólo es recomendable si el clima es óptimo. Junto a la torreta de metal había un moderno contenedor, también metálico, que alguna vez habrá dado protección a un libro de cumbre, pero que entonces se encontraba vacío. Los dos jóvenes checos se acurrucaron al interior de la torreta y comenzaron a soplar las manos con desesperación, mientras cruzaban los brazos y daban pequeños saltitos, tratando de mantener a raya la hipotermia que se iba apoderando de ellos. No había ganas ni posibilidad de admirar el paisaje circundante desde los pequeños espacios abiertos provistos a la altura de los ojos. Todo en derredor era un mar de nubes y neblinas azotadas por granizo y un viento cada



Figura 9



Figura 10

Figura 7
Cresta rocosa
en lo alto del
Tricorno.

Figura 8
Constanza
Ceruti en la
cumbre del
Triglav.

Figura 9
Descendiendo
en pleno
temporal.

Figura 10
La capilla
más alta de
Eslovenia.

vez más feroz, que hacía la perspectiva del descenso algo temible. Tuve que ponerme firme para instar a los muchachos a bajar, ya que empezaban a mostrar síntomas que he visto otras veces en alta montaña, donde la hipotermia -al igual que la hipoxia- pueden ocasionar estados de confusión.

Abrí camino durante el descenso por las crestas aéreas, vertiginosos precipicios empapados e inasibles cables congelados, marcando el ritmo y asegurándome de que los jóvenes checos no se detuvieran por el agotamiento (**Figura 9**). Corría un serio riesgo, ya que si alguno se hubiese resbalado me habría arrastrado consigo. En más de una ocasión llegué a oler mi propia adrenalina y a sentir físicamente la descarga de las glándulas suprarrenales, algo que raramente me ha ocurrido en mi práctica del montañismo (y que llegué a experimentar alguna vez frente al ataque de perros salvajes en la Patagonia). Gracias a Dios y a la montaña, después de otra hora de considerables peligros y dificultades, llegamos de regreso al refugio.

Antes de entrar a la calidez del ambiente interior de Kredarica, fui a dar un vistazo a una pequeña capilla católica erigida en madera y piedra, que tiene la característica de ser considerada la construcción religiosa más alta de Eslovenia (**Figura 10**). Una de las placas conmemorativas refiere una fecha de inauguración que se remonta a 1896. En el interior se destaca un despojado altar con portavelas, un cristo labrado en madera de estilo modernista y un conjunto de piedras a modo de pequeño altar telúrico, situado a un costado. Allí se acumulaban algunas estampitas

y rosarios dejados como ofrendas por los escaladores (**Figura 11**).

Tiritando aún por el frío, elevé una plegaria de agradecimiento y rogué para que el descenso de la pared norte fuera sin complicaciones. Como por arte de magia, las nubes que habían estado holgazaneando sobre las alturas del Triglav comenzaron a disiparse al preciso momento en que salí del pequeño templo. Para cuando nos disponíamos a descender, el paisaje estaba parcialmente despejado. Si bien las máximas alturas de los tres cuernos permanecían casi totalmente cubiertas de nubes -deshilachadas por el viento como si fuesen una enloquecida cabellera-, hacia abajo había visibilidad y se podía apreciar, por primera vez, la majestuosidad de los Alpes Julianos.

Kredarica es la cabaña alpina más alta de Eslovenia. Se encuentra situada a más de 2500 metros sobre el nivel del mar, a los pies de los tres cuernos del Triglav. Se la conoce también como Triglavski Dom y parece haber sido inaugurada inicialmente en el año 1909 (**Figura 12**). Como ya se ha dicho, la mayoría de los escaladores llegan caminando desde el lago Bohinj y pernoctan allí antes de encarar el tramo final del ascenso a la cumbre. El comedor del refugio está adornado con pinturas que recrean al monte Triglav, una de las cuales representaba en estilo geométrico a la pared norte de la montaña, dando una idea de la verticalidad de la misma. Sentí un escalofrío al tomar consciencia de la envergadura de la ascensión cumplida, pensando simultáneamente en el descenso que nos esperaba.

Los refugieros me explicaron que el abastecimiento de provisiones se realiza por medio de un helicóptero que llega cada diez días aproximadamente. Por un instante llegué a pensar en quedarme a esperarlo. También cruzó mi mente la alternativa de descender por la otra vertiente del macizo, en dirección a los lagos.

En el baño del refugio me entretuve con la lectura de un cartel de papel en el que se publicitaba la venta de *"soga"* como *souvenir alpino* que podía adquirirse en el restaurant. La imagen fotográfica que acompañaba la publicidad era la de un muchacho enlazando a una jovencita y había una explicación en inglés acerca de la tradición del *"spanking" o azote* que reciben quienes suben a la montaña por primera vez. Más allá de la connotación del cartel (y de la crítica que podría merecer desde una perspectiva de género), me llamó la atención el rito de "azotar al novicio", el cual también he documentado en los glaciares del nevado Qolque Punku, cuando estudié etnográficamente las peregrinaciones en los altos Andes de Vilcanota durante la festividad del Señor de la Estrella de la Nieve (véase Ceruti 2008 y 2013). He aquí otro aspecto que sugiere que ciertos rituales andinos hunden sus raíces en el mundo alpino. Dicha hipótesis ha quedado comprobada, para el caso de la peregrinación de Qoyllur Rit'i, al documentar las similitudes con las actividades rituales y trajes típicos empleados en el carnaval alpino a orillas del Lago Bodensee (véase Ceruti 2016a).

Después de comer algo ligero e hidratarnos un poco, los escaladores checos y yo iniciamos la

bajada alrededor de las dos y media de la tarde. Completamos velozmente el descenso, en algo menos de cuatro horas. Mientras recorríamos el tramo de precumbre pudimos recrear la vista con las aguzadas formas de los Alpes Julianos apareciendo y desapareciendo detrás de las nubes (Figura 13). Al descender por la pared volvimos a quedar sumergidos en el mar de neblinas densas, lo cual quizás haya sido favorable para ahorrarnos las vistas de los vertiginosos precipicios debajo de nuestras manos y pies. Descender los tramos de pared vertical no resultó tan difícil después de todo, habida cuenta de la sucesión de pequeñas hazañas completadas durante la jornada, bajo condiciones climáticas tan adversas.

Hacia el final de la caminata pude disfrutar del valle de Brata, con su río color turquesa, sus bosques de pinos, las praderas con ovejas que pastan libremente y los senderos con pedregullo donde se acurrucan pequeñas salamandras negras y amarillas. Tras el estrés de un largo día de escalada, pude entender las palabras del sacerdote que promovía el alpinismo en Eslovenia, ascendiendo al Triglav y gritándole a Europa que el valle de Brata es el más bello del mundo. ¡Yo no podía estar más de acuerdo!

Las ancianas del refugio se restregaron los ojos al verme regresar y me preguntaron, con su precario inglés, si en verdad había estado en la cima. Cuando se convencieron de que mi hazaña era cierta, prorrumpieron en algarabía y llamaron a la cocinera para que conociera a la *"brave brazilian woman"*.



Figura 11



Figura 12

Fue muy alegre el reencuentro de los alpinistas checos con el tercer miembro de su equipo, quien había abandonado tempranamente el ascenso. En la foto de despedida que nos tomamos los cuatro aparecen unas “caras de felicidad” que sólo pueden atribuirse a las grandes empresas realizadas exitosamente, con enorme esfuerzo. Nadie adivinaría los desafíos que debimos enfrentar para alcanzar la mítica cumbre del Triglav y poder así proclamar a los cuatro vientos que *“en verdad conocimos Eslovenia”*.

ALGUNAS CONSIDERACIONES ANTROPOLÓGICAS

Sin lugar a dudas, el monte Triglav es la montaña más emblemática de Eslovenia. El Museo Nacional de Etnografía en la ciudad capital de Ljubljana inicia el recorrido de la sala dedicada a la identidad nacional, con una exhibición de objetos distintivos y símbolos del país. Domina la exhibición una gigantografía iluminada desde atrás con la imagen del Triglav en todo su esplendor. Mientras caminaba hacia el museo, me detuve a tomar una fotografía de un grafiti en un muro callejero, en el que también se nombraba al Triglav.

Los pobladores de la vecina región de Friuli, en Italia, tienen asimismo presente a este legendario monte, al cual ellos llaman “Tricorno”. La sabiduría popular repite admoniciones acerca de su peligrosidad, sosteniendo que el monte es malvado: “Il tricorno é cattivo”... la frase se repite como un mantra. La primera vez que escuché dicha afirmación, en tono categórico, fue

de labios de un friulano llamado Giuseppe, de uno sesenta años de edad, residente en la ciudad de Udine, cerca del confín con Eslovenia. El y su esposa me habían acompañado durante la vista a la colección de momias en el batisterio de la iglesia en el poblado de Venzona y se habían ofrecido a llevarme en auto hasta Udine, habida cuenta de que era Domingo y no había transporte de autobuses.

Además de ser “malvado”, el Tricorno “no perdona”, según lo recalca la mujer de Giuseppe, en tono reverente. Ella y su marido me hacían estos comentarios mientras me miraban con incredulidad, tras haberles dicho que dos días atrás, durante un persistente temporal que se abatió sobre los Alpes, yo había estado escalando por la pared norte del Triglav hasta la cima. No pude evitar recordar el mismo tipo de comentarios escuchados en las Dolomitas por parte de pobladores ladinos con respecto al imponente monte Pelmo, al que ellos llaman “el Trono de Dios”. Los ladinos hablan del Pelmo con la misma mezcla de admiración y temor reverencial con la que los eslovenos y friulanos hablan del Triglav. En el año 2015, cuando me dirigía a la región de Cadore para ascender al Pelmo, escuché de labios de dos ancianas lugareñas la admonición acerca de la “maldad” del monte, expresada con las mismas palabras: “il Pelmo é cattivo”. Aquel temor reverencial me embargó al día siguiente cuando logré ascender a la cima desde el refugio Staulanza (distante más de 12 kilómetros), atravesando la vertiginosa “cenghia” y superando tramos de escalada -en solitario, sin cuerda ni arnés- por los friables

Figura 13



Figura 11

Interior de la capilla en las alturas del Triglav.

Figura 12

La autora en el refugio alpino de Kredarica.

Figura 13

Vista a los Alpes Julianos

y temibles “amarillos” (véase Ceruti 2018b).

El monte Triglav también goza de reconocimiento entre los pobladores Ladinos de las Dolomitas. Numerosos cuadros pintados y pensamientos dedicados al Triglav aparecen en la museografía de los Museos de Montaña de Reinhold Messner, tal como lo advertí cuando dediqué mi atención al estudio de esta red

de museos, analizando su importancia para la construcción de la identidad de los pobladores alpinos de Sudtirool (Ceruti 2016b). La trascendencia del Triglav como montaña emblemática y sagrada se agiganta, junto con la creciente importancia que el alpinismo y el turismo de aventuras han adquirido en los Alpes Julianos de Eslovenia.

BIBLIOGRAFIA

- CERUTI, María Constanza. 2008. *Qoyllur Riti: Etnografía de un peregrinaje ritual de raíz incaica por las altas montañas del sur de Perú*. Scripta Ethnologica XXIX: 9-35. Centro Argentino de Etnología Americana. Buenos Aires.
- CERUTI, María Constanza. 2013. *Procesiones andinas en alta montaña. Peregrinaje a cerros sagrados del Norte de Argentina y del Sur de Perú*. 194 pp. EUCASA (Editorial de la Universidad Católica de Salta). Salta.
- CERUTI, María Constanza. 2016a. *Los Walsers del Monte Rosa y los carnavales a orillas del lago Bodensee: influencias de ritos y creencias alpinos en la peregrinación andina de Qoyllur Rit'i*. Revista Haucaypata Nro. 11: 14-27. Lima
- CERUTI, María Constanza. 2016b. *Los Museos de Montaña de Reinhold Messner: Identidad, Turismo y Sustentabilidad en los Alpes de Sud Tirool*. Journal of Sustainability Education. Vol 11. Pp. 27- 42. February 2016.
- CERUTI, María Constanza. 2018a *Montañas Sagradas de los Pirineos*. Mundo Editorial. Salta
- CERUTI, María Constanza. 2018b. *Monte Pelmo, Trono de Dios: auto-etnografía de un ascenso alpino en las Dolomitas de Cadore*. Revista Cordillera 13 (16): 85-97. Comisión de Tropas de Montaña del Ejército Argentino. Mendoza.

ACERCA DE LA AUTORA:

CONSTANZA CERUTI es Investigadora del CONICET y Profesora Titular en la UCASAL y la USAL. Graduada con Medalla de Oro en la Licenciatura en Antropología con orientación en Arqueología de la UBA, se doctoró en la Universidad Nacional de Cuyo. Ha escalado cientos de montañas en todos los continentes (excepto Antártida) y es autora de más de cien publicaciones científicas y más de veinte libros. En 1999, en la cima del volcán Lulllaillaco (6739 m), que constituye el sitio arqueológico más alto en todo el mundo, codirigió la expedición que descubrió las momias de los tres niños incas.

Su actividad académica y su interés antropológico por las montañas sagradas del mundo la han llevado a India, Nepal, Tailandia, Egipto, Turquía, Grecia, Italia, Francia, Suiza, Inglaterra, Noruega, Groenlandia, Alaska, Australia, Polinesia, México, Canadá y USA. Ha recibido los siguientes premios y distinciones: Montañista del Año (1997) del Gobierno de Salta; Cóndor Dorado del Ejército Argentino (2000); Exploradora Emergente de la National Geographic Society (2005); Premio Príncipe de Asturias en Comunicación y Humanidades (2006); Disertante Distinguido en Antropología por la Universidad de West Georgia (2007), Mención al Coraje de la Asociación de Exploradoras Científicas Wings Worldquest (2007); Premio Vocación Académica (2008); conferencista invitado a TED Global en Oxford (2009); Talento Emergente en el Foro Mundial de Mujeres para la Economía y Sociedad (2009); Mujer Destacada de Salta (2010); Homenaje de autoridades del País Vasco (2011), Doctorado Honorario en Humanidades por la Universidad Moravian Collage (2014), Medalla de Oro de la Internacional Society of Woman Geographers (2017). Es miembro de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires.